

PERSONAJE

WILLIAM GADDIS

Famoso por no ser lo bastante famoso

Sexto Piso continúa presentando en nuestro país la obra del maestro de David Foster Wallace: tras la reciente “Gótico carpintero”, a lo largo de 2013 llegarán las monumentales “J R” y “Los reconocimientos”, cuya recepción crítica llevó a Jack Green a clamar “¡Despidan a esos desgraciados!” (Alpha Decay). **texto JOSÉ LUIS AMORES foto ARCHIVO**

Una de las mejores formas de acabar con un buen libro entre las manos es dejarse aconsejar por nuestro librero habitual. No lo hice cuando hace bastantes años el mío me puso por delante *Los reconocimientos*, indiferencia que pagué penando entre páginas mediocres durante una larga temporada. Cuando volví, arrepentido, la novela ya había volado. La buena literatura es un bien escaso.

William Gaddis, autor de aquella mítica obra, nació en Nueva York en 1922 y murió en 1998. Escribió cuatro grandes libros y uno pequeño. Grandes en todos los sentidos de la palabra: *Los reconocimientos* tiene más de mil páginas. Elaborada pacientemente a lo largo de ocho años, la protagoniza un joven ex seminarista que se convierte en falsificador de pintores famosos, y su supuesta complejidad radica en su detallado análisis de los valores

sociales falsos y verdaderos. Muy apropiada para esta época en la que ya nada es real.

Dije “complejidad”, dije “supuesta”. A Gaddis las cosas empezaron yéndole mal, fatal. Tras el tiempo y esfuerzos invertidos en su ópera prima, su obra maestra y, al decir de muchos y entendidos, la mejor novela que viera la luz en el siglo XX con permiso del *Ulises* de James Joyce, la crítica lo trató mal, fatal. En 1955, año de su publicación, la tildaron

de larga, excesiva, compleja, desvergonzada, petulante, cara, demasiado buena para ser verdad, demasiado joven su autor para haberla escrito. El tamaño del despropósito fue tal que, en 1962, uno de sus admiradores llegó a costear de su bolsillo una heroica campaña anti-difamatoria destinada a desenmascarar el pésimo trabajo de unos críticos vagos, acomodados, envidiosos e incultos. *Fire the bastards!* fue el resultado, ahora disponible en español bajo el más suave título de *¡Despidan a esos desgraciados!*, gracias a la editorial Alpha Decay.

Gaddis se casó, la familia creció y pasó diez años trabajando como redactor de discursos para ejecutivos de empresa y como guionista de documentales para el Gobierno. Su siguiente novela, un inmenso y babélico diálogo de 750 páginas titulado *JR* (1975), le valió el Premio Nacional del Libro y por fin pudo dedicarse a la literatura a tiempo completo. Es decir, las cosas se enderezaron (lectores, *you've got the power*, ¡el poder es vuestro!) y el siguiente trabajo no se hizo esperar tanto. Las poco más de doscientas páginas de *Gótico carpintero* (1985) le acercaron de una vez por todas al gran público y le procuraron la entrada en el Olimpo: la Academia de las Artes y las Letras Estadounidenses. Con *Su pasatiempo favorito* (1994), Gaddis completó la tetralogía de genialidades publicadas en vida, puesto que la pequeña novela póstuma *Ágape se paga* salió a la venta en 2002.

El de William Gaddis es el típico caso del escritor de culto. Nace (decide ser escritor), se reproduce (publica) y, cuando es herido de muerte (a manos de la crítica), aparece un Max Brod (el eterno amigo de Kafka e incansable promotor de la obra del checo) que lo resucita, le da ánimos, y lo expande. Evidentemente, la cuota de adoración recibida es proporcional a la excelencia de su trabajo. En pocos escritores pueden encontrarse los rasgos de genialidad total que demostró desde un principio. Su literatura ha influenciado a figuras de la talla de Thomas Pynchon, John Barth, William Gass, Don DeLillo y David Foster Wallace, amén de a algunos menores como Jonathan Franzen.

Cynthia Ozick, otra autora a quien habría que adorar, llegó a decir de él que era famoso por no ser lo bastante famoso. Y, como dije al principio, pensarse demasiado si leerlo o no entraña el riesgo de llegar cuando el último ejemplar ha volado.

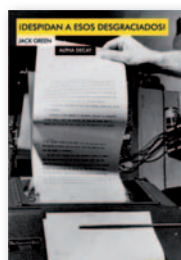
Pero el culto implica supervivencia a manos ajenas, desinterés comercial, renacimiento espontáneo. La editorial madrileña Sexto Piso ya se hizo eco en español de la referida novela póstuma de Gaddis y, ahora, de *Gótico carpintero*, la segunda más asequible en cuanto a extensión. Entremeses para entretener el apetito de lo que aún queda por venir en castellano -indudablemente, lo mejor-.

Un producto de Norteamérica

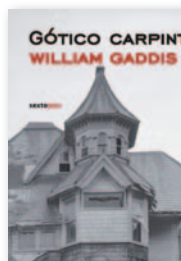
La literatura de Gaddis es satírica y su tema fundamental, el dinero. El auge del capitalismo y del consumismo -su hijo adoptivo y tonto- corrompe y distorsiona la creatividad y las relaciones humanas. Esforzarse en crear valor estético en una sociedad dominada por la economía y sus consecuencias se convierte en una tarea ímproba. Las tensiones que genera esta lucha de intereses y desintereses se plasman en historias colmadas de riqueza lingüística y vastos conocimientos de toda índole y condición, historias francamente divertidas, en ocasiones cómicas, que ofrecen la medida exacta de hacia dónde podría derivar el arte del entretenimiento si sus productores no se empeñaran en tachar continuamente el término "arte" que siempre debería preceder al producto. En *Los reconocimientos*, el arte falsificado, aunque de gran calidad, se vende al mejor postor sin asomo alguno de moralidad. En *JR*, un niño de 11 años crea un imperio financiero jugando en Bolsa. El sistema económico y sus instrumentos son en sí amorales, o necesitan ser conniventes con la amoralidad para soportar el caos y la degeneración que difunden en derredor. Escribir sobre temas así, con la profundidad y acierto con que lo hizo Gaddis, sin que tales frescos resulten en las habituales moralinas o jeremiadas, es francamente difícil. En 1996, en una entrevista al diario alemán *Der Spiegel*, Gaddis dijo que la locura que

desató la política de Reagan del libre mercado podría haberse evitado si alguien hubiera leído en su momento *JR*. Conocemos los resultados, de hecho vivimos en ellos. "Soy un producto de Norteamérica -dijo Gaddis en aquella ocasión-. Soy alguien que intenta entender este país, y que lo que obtiene de su observación es el más sombrío de los panoramas. Una tierra en la que el uno por ciento de la población tiene a su disposición el cuarenta por ciento de la riqueza nacional es muy interesante para un escritor". Y disfrutaba escribiendo sus novelas. En 1976 estuvo en Japón y contó que la mejor crítica de *JR* que había leído apareció en un pequeño periódico local: "Un tipo que la leía en un banco del parque la encontraba tan divertida que le hacía llorar de risa... Disfruté mucho escribiendo esta obra. Si fue tan divertido escribirla, sin duda leerla también lo será".

No cabe ninguna duda de que William Gaddis fue un artista ambicioso. Logró lo que casi ninguno: crear obras de arte que al mismo tiempo divirtieran y enriquecieran a sus potenciales contempladores. David Foster Wallace, quizá su discípulo más aventajado, dijo sobre la capacidad del arte para estimular y motivar que el desafío del escritor es enseñarle al lector que él (el lector) es más inteligente de lo que pensaba. Y, tras leer *Los reconocimientos* y *JR*, uno no es ya el mismo lector, quizá ni siquiera la misma persona. Como si esas lecturas constituyeran, de alguna forma extraña, un punto de no retorno. Algo que sólo se consigue cuando al escritor le importan sus libros en tanto que artefactos independientes de sí mismo: "Me siento parte de esa especie en extinción que piensa que un escritor debe ser leído y no oído, y mucho menos visto. Lo pienso porque parece abundar hoy la tendencia a poner a la persona en el lugar de su obra, a convertir al artista en un espectáculo, a encontrar lo que un escritor dice sobre la escritura de alguna manera más válido, o más auténtico, que la misma escritura", dijo Gaddis en su discurso durante la ceremonia de entrega del Premio Nacional del Libro por *JR*. ■



¡Despidan a esos desgraciados!
Jack Green
Alpha Decay
208 págs. 15 €.



Gótico carpintero
William Gaddis
Sexto Piso
284 págs. 21,90 €.